

La democracia no es relativista

♦ Por Jaime Nubiola
PARA LA GACETA - PAMPLONA

Me ha gustado la entrevista reciente con Diego S. Garrocho publicada en *ABC*, periódico conservador español fundado en 1903, del que mi amigo filósofo acaba de ser nombrado jefe de la sección de Opinión. La entrevista estaba encabezada con el atractivo título entrecortado: "Los periodistas y los filósofos persiguen la misma presa, la verdad".

Lo que más me ha impactado es la tesis de Garrocho de que aquellas personas supuestamente radicales que sostienen que unas posiciones son justas —o injustas— no son en absoluto relativistas. Copio: «El conflicto es la prueba de que no nos conformamos con que el vecino piense lo contrario de lo que nosotros pensamos. La gente ha vuelto a sentir la necesidad de explicar qué es una mujer, qué es un ser humano, qué es un derecho. Antes no había un conflicto porque en el fondo tu opinión o la de ese señor nos daba igual. Por ejemplo, el movimiento feminista ha reactivado un realismo moral. Tiene una definición muy clara y muy rotunda acerca de qué es lo justo y qué es lo injusto. Y ese ya no es un marco relativista, ese ya no es un marco que se conforme con que cada individuo en su privacidad tenga una definición propia sobre algo».

Y a la siguiente pregunta responde: «Ahora lo que nos encontramos es una disputa social, donde hay valores y principios que se están debatiendo con muchísima vehemencia, pero eso es la antesala de un asentamiento, de un consenso, de una reescritura de determinados principios». Lo que ha llamado mi atención es que suele considerarse habitualmente que el relativismo es casi una condición de posibilidad de la convivencia en democracia, como si un sistema verdaderamente democrático



exigiera que tanto los gobernantes como los ciudadanos renunciaran a sus principios morales.

Pienso que acierta Garrocho al sostener que quienes proclaman que algo es

justo o injusto están en el camino de la verdad, pues consideran que su opinión se funda en la verdad y por ello es justa. En contraste con esto, nos encontramos en una sociedad que vive en una

amalgama imposible de un supuesto fundamentalismo cientista acerca de los hechos y de un escepticismo generalizado acerca de los valores. Muy a menudo los valores (lo bueno y lo malo, lo que

hay que hacer o hay que evitar) parecen ser a fin de cuentas lo que decidan los gobernantes de turno atentos a la sensibilidad de su electorado. Para esta mentalidad relativista son los representantes elegidos democráticamente quienes deciden acerca del bien o el mal de las acciones humanas, pero no habría nada que pudiera afirmarse radicalmente como verdadero, como justo o injusto. En la entrevista explicaba con valentía Diego S. Garrocho: «La única alternativa es comparecer a ese debate público con las mejores armas posibles. Creo en el poder de la palabra y creo que con tiempo suficiente acaba venciendo. El mejor argumento y la mejor idea se impone sobre la peor. Y la prensa o los periódicos tenemos una especial responsabilidad en ese proceso, porque la prensa está llamada a roturar el espacio de conversación».

Puede parecer ingenua esta posición, pero todos tenemos experiencia de cuántas veces hemos cambiado de opinión en temas debatidos al recibir nuevos datos o al considerar argumentos que hemos estimado mejores que los nuestros. La única condición que hace falta para cambiar de opinión es la de estar dispuestos a escuchar las razones de quienes sostienen opiniones diferentes a la propia.

Por eso quienes sostienen el relativismo moral —el todo vale— no escuchan, no buscan la verdad ni la justicia. En última instancia, destruyen la esencia de la convivencia democrática dejándola en manos del poder. En cambio, quienes proclaman que algo es justo o injusto están en el camino de la verdad, en particular si son capaces de escuchar.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

Borges y Kodama

♦ Por Fabián Soberón
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

El globo, en cambio, nos depara la convicción del vuelo, la agitación del viento amistoso, la cercanía de los pájaros.
J.L.B.

María Kodama existió como una esfinge de carne y hueso, según el dictamen de Miguel de Unamuno. Tradujo, escribió, discutió y fue amada por unos y rechazada por otros. Pero tal vez su más lograda existencia sea la que perdura en los prólogos y en las palabras de Borges, en la memoria de los que se fueron y en los ya invisibles trayectos en globo del inolvidable libro *Atlas*. Pienso en mis primeras lecturas de *Ficciones* y en la rústica versión de *Atlas*, el libro que Borges escribió mientras viajaba con Kodama por las múltiples ciudades del orbe.

Busqué en las páginas amarillas del tercer tomo de las obras completas y encontré su nombre repetido en las inscripciones.

Sospecho que ella también querría ser recorda-

da en el imaginario orden de los libros y que no querría serlo por las disputas terrenales. Al menos yo elegiría esa opción y podríamos pensar en la existencia alada y beneficiosa de la literatura como ideal entre los seres que somos mortales. Me refiero a eso que Borges dijo de forma memorable en el preclaro prólogo de *Los conjurados*, casi como si fuera una despedida de ella y de la vida:

"De usted es este libro, María Kodama... Sólo podemos dar lo que ya hemos dado. Sólo podemos dar lo que ya es de otro. En este libro están las cosas que siempre fueron suyas. ¡Qué misterio es una dedicatoria, una entrega de símbolos!"

Kodama está en los intersticios de los relatos, en los viajes de *Atlas*, en las ficciones de su maestro, que acaso es el odiado o admirado maestro de muchos. Su nombre está en la memoria de los que hemos leído a Borges.

© LA GACETA

Fabián Soberón - Escritor.

Nuestro Luis, veterano de Malvinas

♦ Por Roque Utz
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

Allá por el setenta y nueve, de la Técnica dos egresaba. Nuestro Luis adolescente, un nuevo horizonte buscaba.

Tucumano electromecánico, entusiasmado con su futuro. Quizás se veía universitario, tal vez trabajando en su rubro.

Pasaron más de dos años, después de haber egresado. En marzo del ochenta y dos, quedó su proyecto truncado.

Aquel joven Luis Arenas, no tuvo otra elección. Con toda convicción plena,

fue a defender la nación.

En la guerra de Malvinas, contra los ingleses combatió. Por la soberanía de las islas, nuestra patria defendió.

Histórico abril del ochenta y dos, derramó sangre inocente de más. También el espanto desgarrador, varios chicos claudicaron allá.

Jóvenes que dieron su vida, junto a veteranos de Malvinas. En su gran lucha desmedida, Por siempre, héroes de Argentina.

© LA GACETA

María Kodama y la libertad

♦ Por Alina Diaconú
PARA LA GACETA - BUENOS AIRES

... viene de tapa

Su madre, en cambio, era una persona muy asustadiza que, con sus pedidos de ayuda a su pequeña hija, le hizo perder los miedos para siempre. Era como si María-niña, fuese la madre de su madre. Lo cual la hizo animarse a todo y a más: a buscar siempre la aventura. Desde pasar mucho tiempo en el desierto de Marruco, en una carpa, hasta querer viajar al espacio, sueño que aún hoy alberga.

Su deseo de vivir experiencias diferentes en su vida se manifestó a partir de los cinco años, cuando ya anhelaba volar a la Luna. "Hoy, si alguien me lo preguntara -confiesa- me encantaría ir a Marte. El espacio no me produce temor porque ha de ser lo mismo que el desierto, una vivencia maravillosa".

María conoció a Borges cuando tenía 16 años. Comenzaron su relación, estudiando anglosajón e islandés. Más tarde, ella se recibió en la Facultad de Filosofía y Letras.

La vez en que Borges le propuso casamiento y le expresó lo lindo que sonaría su nombre -"María Kodama de Borges"-, ella le respondió: "Yo no soy de nadie,

Borges ¿qué me está diciendo?". Ella nunca se quiso casar, ni tener hijos. Lo vivía como una pérdida de su libertad.

"¿Qué crees que podrá satisfacer al alma sino andar libre y no tener ningún dueño superior?" escribió Walt Whitman.

Un día, sin embargo, le tuvo que prometer a Borges -ante su insistente pedido- que se casaría con él antes de que murieran. Pasaron muchos años luego de esa promesa.

Ya en Ginebra, en 1986, con Borges muy enfermo, tuvo que ser el editor Franco María Ricci quien la convenciera que se casara con Borges antes de su partida. María accedió entonces porque Ricci se lo pedía en nombre de Borges y porque se lo había prometido una vez a él, hacía tiempo.

María fue desde muy temprana edad una mujer libre, 100% racional, enteramente lógica, feminista *avant la lettre*, sin dejar de ser femenina, coqueta, perceptiva y sensible. Había leído desde muy joven el libro de una francesa que afirmaba que no todas las mujeres nacen con la vocación de la maternidad, sino que algunas la tienen y otras, no. Y que una mujer podía tener otras aspiraciones en la vida. Esos conceptos la marcaron



profundamente y se identificó con esa idea. Hay que poder sostener una postura así en un mundo lleno de reglas y convenciones y prejuicios. Y no ceder.

Ella había sabido desde su más tierna infancia que su vocación no era ni el casamiento, ni la maternidad y que lo que le gustaba era enseñar (se graduó para eso en la Facultad de Filosofía y Letras

de Buenos Aires) y aprender (actualmente está estudiando japonés). También le encanta bailar y hace de la amistad un culto. Muchas veces me comentó que se consideraba japonesa porque su educación había sido japonesa y porque -según ella- eso determina la identidad.

Editó su libro de *Relatos* (ilustrado por Kokocinski), casi contra su voluntad, porque le gusta escribir cuentos, sí, pero no publicar. También dio a conocer algunas de sus conferencias sobre Borges en un libro (*María Kodama - Homenaje a Borges*, Sudamericana, 2016). Accedió a esa publicación sólo porque se trata de un tributo al Maestro.

La libertad. ¿Existe la libertad? O, como decía Borges, ¿es tan solo una ilusión?

Eso sí. Se me ocurre que nos posibilita acciones que otros no se permiten y nos da la sensación de decidir nuestra vida. Pero ¿la decidimos realmente? - me pregunto-.

Recuerdo siempre una actuación del mimo francés Marcel Marceau. Lo vi aquí, en Buenos Aires, no recuerdo en qué teatro, si en el Coliseo o en el Cervantes. Marceau daba a entender con su mímica que estaba dentro de una celda,

rodeado de barrotes. Con gran esfuerzo, manipulaciones y el suspenso que creaba en los espectadores, lograba salir de ella. Pero cuando lo hacía y respiraba libre, feliz, se daba cuenta que estaba metido en otra cárcel. Más amplia, más espaciosa, pero prisión al fin. Este juego se repetía y el final no era feliz.

Siempre algo nos apresa, cuando creemos que nos liberamos, nos damos cuenta de que estamos metidos entre otras rejas.

Me parece que para María Kodama, la libertad tiene el sentido que le daba Hannah Arendt. Que es "la raíz misma de la existencia humana en el mundo, desde el hecho de nacer", pero que tiene el don de poder alterar la realidad, creando esos pequeños "milagros" que terminan por cumplirse y materializarse. Una libertad con responsabilidad, por supuesto.

Ella siempre estuvo dispuesta a pagar el precio que todo esto le implicaba.

© LA GACETA

Alina Diaconú - Escritora y columnista. Autora de 23 libros, el más reciente es *Estrellas voladoras - Apotegmas* (Galáctica Ediciones, 2022).